LITORALPRESS

Fecha: 20-05-2023
Medio: El Mercurio
Supl. : El Mercurio - Sábado
Tipo: Noticia general
Título: El libro más doloros de HERNÁN DE SOLMINIHAC

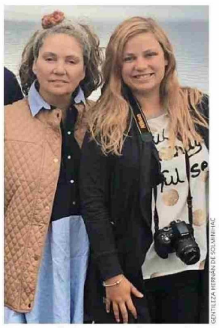
Pág. : 3
Cm2: 398,4
VPE: $ 5.233.089

Tiraje: 126.654
Lectoría: 320.543
Favorabilidad: No Definida

"La pena no me la guardé mucho. Yo cambié, saqué para afuera y digo, medio en broma, que me pinchan y me largo a hablar. Y eso me ha hecho bien".

El libro más doloroso de HERNÁN DE SOLMINIHAC

Acaba de presentar su libro *La vida golpea (a veces demasiado) fuerte*, que circula hace algunas semanas. En él no sólo narra los últimos tres años de su vida, en los que su hija mayor quedó con un grave daño cerebral y perdió a su mujer, Alejandra Aranda, sino que el ingeniero civil, exministro de Minería y Obras Públicas y profesor de la UC "desnuda", como dice él, sus sentimientos, su enorme pena, impotencia y también sus ganas de salir adelante. POR PAULA CODDOU B. FOTOS SERGIO ALFONSO LÓPEZ



GENTILEZA HERNÁN DE SOLMINIHAC

"Creo que Alejandra se murió de pena", dice De Solminihac. En la foto, su señora y su hija Javiera.

GENTILEZA HERNÁN DE SOLMINIHAC

Hernán de Solminihac y Alejandra Aranda llevaban 38 años de casados, y tuvieron cuatro hijos. Se casaron el 20 de enero de 1984.

Está con buena cara. Debe ser la primera entrevista —dice— en la que no llora. "Es que lloré en la mañana", agrega con una sonrisa. Hace algunas horas, en la Casa Central de la UC, tuvo la presentación oficial de su libro *La vida golpea (a veces demasiado) fuerte* y ahí tuvo su desahogo. Uno que partió quizá cuando hizo el primer intento por escribir algo. Iba en un avión a Calama, en febrero de 2022, cuatro meses después del segundo golpe que la vida le acababa de dar.

El primero fue el 26 de mayo de 2020 cuando recibió en la mañana uno de esos llamados que cambian la vida. Lo relata en el segundo capítulo del libro.

Estaba por vestirme cuando a las 7.30 a.m. sonó mi celular. Era mi yerno, Felipe Bertoni.

—Abú suegro, hola. Tengo un tema con su hija—me dijo afligido.

"El martes 26 de mayo de 2020, Javiera, con cinco meses de embarazo, se siente mal, le falta el aire y la llevamos a la clínica con mi yerno. Dado que estábamos en plena pandemia, sólo la pudimos dejar en la entrada de urgencia. Fue la última vez que vimos a nuestra Javiera como la conocíamos", recordó esta mañana en la presentación de su libro en el salón de honor de la casa central de la Universidad Católica. "Javiera había tenido una trombosis que le bloqueó los pulmones y durante la intervención que le hacen tiene varios paros cardíacos que impidieron el flujo de sangre al cerebro, lo que le produce un daño cerebral severo. Desgraciadamente, también pierde a su guagüita".

El segundo golpe ocurrió un año y medio después, cuando el 25 de octubre de 2021 su mujer por 38 años y con quien tuvo cuatro hijos, Alejandra Aranda, murió mientras dormía a su lado. La escena del libro donde relata ese momento es conmovedora y también cruda:

"Bajé de la cama con el corazón a mil y me acerqué a observarla. Como estaba acostada de lado, la tomé para girarla y la noté algo rígida... La moví, le corrí el pelo y le dije varias veces: 'Alejandra, Alejandra!', pero no contestaba, y yo insistía: 'Alejandra, Alejandra, dime algo, por favor'. La movía y no reaccionaba. Ahí me di cuenta de que mi señora estaba muerta".

Hoy, 15 de mayo de 2023, el ingeniero, profesor de la Católica y exministro de Obras Públicas y Minería del primer gobierno de Sebastián Piñera está sentado en el *living* de su casa en Las Condes, decorada tal como la dejó su señora. En un rincón está su foto, una virgen que era de ella, y su último premio —póstumo— que se le dio en marzo de 2022 en la categoría Ejecutiva del Año, otorgado por "El Mercurio" y EY. Alejandra Aranda Hernández fue una destacada ejecutiva, ingeniera, fundadora de la empresa de *head hunter* Humanitas y gran promotora de la paridad dentro de las empresas. Por eso su marido pensó primero en un libro que homenajeara su trayectoria profesional. Pero, dice, salió otra cosa. "Me costó, porque esto significa desnudarse completo", reconoce. Le complicaba exponer a su familia. Lo pensó, habló con sus hijos y su yerno, y le dieron el visto bueno.

—¿Qué le pasó cuando leyó su libro completo la primera vez?

—Me lo lloré todo.

Después, lloraba mientras le iba haciendo las correcciones.

El libro tuvo mucho de terapia para él. "De hecho, todo lo que conversé con la periodista que me ayudó a escribirlo (Paula Palacios) me ayudó a liberarme".

De Solminihac, pese a los embates de la vida —y a su carrera profesional— es afable y sencillo para contar lo que le pasó. De hecho, dice que poder hablarlo es lo que lo salvó de la desesperación y la pena. Solo tomó remedios una vez. "Lloré cuatro días seguidos. Terminé en el doctor. Acostado", recuerda.

"Se habían cumplido los seis meses, el plazo máximo que dieron los médicos para que Javiera mostrara alguna mejoría (...) sin embargo, seguía igual (...) Médicamente, mi hija ya no tenía vuelta en su recuperación definitiva. En ese momento, ¡me fui a la mierda!", relata en su libro.

Se derrumbó. No así su mujer, que mantenía la fe.

Cruzando el jardín, está la casa donde hoy vive Javiera, su marido y su hijo Mateo de 5 años. Después de que enfermó, consiguieron que se las arrendaran para estar más cerca y ayudar.

—¿Cómo está ella hoy?

—Sin cambios (suspira), sin ningún cambio. No empeora, pero estar en cama permanentemente va deteriorando un poco. En el caso de mi hija, la única posibilidad sería un milagro.

Javiera, hoy de 34 años, tenía 31 al momento de su accidente, era ingeniera agrónoma y mano derecha de su mamá en su empresa.

Así como Hernán se hundió por unos días al constatar que su hija no avanzaría, el punto de quiebre para Alejandra Aranda ocurrió el 1 de octubre de 2021. Ese día, por Zoom, hablaron con un destacado médico norteamericano al que le habían mandado todos los antecedentes. Estaba también su yerno. Fue una larga conversación, con una serie de recomendaciones. Cuando le preguntaron si era bueno llevarla a Estados Unidos —uno de los anhelos de Alejandra—, les señaló que el tratamiento que le estaban haciendo en Chile era el adecuado y que lo que le harían allá sería más o menos lo mismo.

"Sólo gracias a la perspectiva del tiempo, hoy soy capaz de ver ese momento —todos ahí sentados frente al computador, atentos a lo que respondía el facultativo—como el punto de quiebre que selló el destino de mi mujer", dice Hernán.

En resumen, les dieron a entender que el daño era irreversible.

"Allí estaba Ale, tumbada en la cama, llorando desconsolada, completamente deshecha. ¡No podemos hacer nada! ¡¿Qué nos queda esperar ahora?! —repetía llorando una y otra vez. Nunca la había visto tan mal en el año y medio que Javi llevaba enferma. Ese día perdió todas las esperanzas", recuerda en el libro.

Vivian Muñoz, una de las enfermeras que atienden a la joven, está convencida, cuenta De Solminihac en esas páginas, que *"desde el día en que Javiera cayó enferma, su madre vivió una especie de agonía sin retorno"*.

—¿Cree que Alejandra perdió las ganas de vivir?

—Creo que se murió de pena. Perdió la esperanza en la recuperación de la Javiera. Todo el esfuerzo que hizo durante todo ese período de la enfermedad de nuestra hija era para tratar de ayudarla. Entonces, cuando ya por todos lados le llegan mensajes de que la probabilidad médica de que se mejore es muy baja, perdió la esperanza y dijo: "A lo mejor ya no tengo mucho qué hacer".

—Mirando hacia atrás, ¿usted se dio cuenta de eso?

—*Ex post*. Pero en ese momento uno no se da cuenta, la verdad. Entonces, otra cosa importante es tratar de procesar mejor la información que uno está recibiendo. Es que estábamos los dos preocupados de la Javiera.

"Ese lunes compartimos poco, tal como venía ocurriendo de lunes a viernes durante las últimas semanas. Por mi lado, lo pasé entre comités de directorio de Codelco y reuniones de Cruzados (...) Y Alejandra estaba absorta en sus cosas, sin ganas de que le conversaran mucho. En este último tiempo a veces sentía que vivíamos dentro del mismo hogar, aunque en burbujas distintas", escribió en el libro sobre el día antes de la muerte de su mujer.

—¿Se sentía muy solo?

—No, estaban mis niños, el trabajo me tenía ocupado. No me di cuenta de que quizá podría haberla ayudado un poco más. Pero bueno... el tiempo pasó.

Esa tarde, como cada día, Alejandra fue a visitar a Javiera, se acostó a su lado, la llenó de besos. Volvió a su casa.

Hernán se acostó a las 10 de la noche y ella siguió conectada a su celular. Se durmió y ella se puso a ver una serie. En la madrugada, Alejandra Aranda murió por infarto agudo al miocardio.

—¿Se volvió más aprensivo?

—Soy bastante aprensivo en general, pero no se me ha aumentado producto de lo que he vivido. Al contrario, aprendí a vivir y gozar cada momento. Sí me va a pasar, ya lo gocé. No me puede volver a pasar que mi señora murió, y ese día (el anterior) trabajé de 9:00 de la mañana a 9:00 de la noche. Y me duele no haber estado más tiempo con ella. No sé qué diferencia hubiera hecho, pero es un dolor que tengo.

—¿En qué etapa del duelo está?

—Desgraciadamente, tengo dos dolores. La muerte de mi señora y la enfermedad de mi hija. En el caso de la muerte de mi señora, estoy bastante más adelantado. Creo —y lo digo con bastante fuerza— que la muerte es una cosa muy dura. Pero he tenido mucho apoyo. Y la pena no me la guardé mucho. Yo cambié, saqué para afuera y digo, medio en broma, que me pinchan y me largo a hablar. Y eso me ha hecho bien. He avanzado en aceptar. Y como no hay nada que hacer, tampoco me puedo seguir dando vuelta. No puedo revivirla. Pero el dolor por mi hija es día a día, permanente. La vamos a ver con frecuencia y es difícil interactuar, no estoy seguro de si sabe que estoy con ella o no.

—¿Le ha podido dar un sentido a todo esto?

—Cuesta, pero trato de ser más optimista para tener una vida, mi familia y yo, lo mejor posible, dadas las circunstancias en que estamos. No le puedo dar un sentido a lo que me pasó, pero sí le puedo dar un sentido de ahora para adelante. ¿Qué saco con amargarme? Nada. Tengo a mi hija enferma y tres hijos más. Mentalmente, tienes que hacer un esfuerzo para salir adelante, y la actitud que uno tenga frente al dolor es clave.

—En la viudez hay un proyecto de a dos que queda truncado. ¿Cómo se plantea de aquí en adelante?

—Tengo 65 años y ya estaba pronto a jubilar, a pasarlo bien, a viajar con mi señora. Ella también quería empezar a retirarse. Teníamos ya una mirada de jubilados (se ríe), por decirlo de alguna forma. Y no resultó. Entonces, creo que lo que me pasó fue justamente al revés, fue decir "ahora que estoy solo, voy a tomar cosas para darle sentido a mi vida, por lo menos un rato. Y ahí asumí la presidencia del Colegio de Ingenieros, por ejemplo. Tengo algo que hacer, me entretiene y conozco gente nueva, gente que tiene sufrimientos distintos. Cada uno tiene su dolor. Y es rebonito poder ayudar.

A raíz del libro y de lo que ha dicho en algunos medios y en redes sociales, mucha gente le ha escrito. Recibió un mensaje que lo sorprendió: "Hernán, te acabo de ver en TVN. Conocí a Javiera en la U. (...) Me tocó nacer con mi padre en coma producto de un ACV derivado de un aneurisma tres meses antes. Crecí comunicándome con él a través de la mirada y partió a descansar 28 años después, tras vernos a mi hermana y a mí como profesionales encaminados. Te comento esto porque escuchar tu historia y tu reflexión me hicieron querer compartirte la mía y dejarte un abrazo. Giorgio Jackson".

Como ese, muchos.

Y se ha dado licencia para llorar, como le pasó frente a sus alumnos de Ingeniería de la UC. Era el día del aniversario de la muerte de Alejandra. Les pidió disculpas, porque no dio una buena respuesta a una pregunta y a la salida les dijo que no era un buen día y les contó.

—De ahí para adelante, la relación fue distinta con ellos.

—¿Se ha dado permiso para volver a ser feliz?

—No me siento para nada complicado, me siento preocupado. Tengo que estar atento permanentemente a las cosas que le pueden pasar a mi hija. ¿Qué va a pasar, por ejemplo, si ella me sobrevive a mí? Pero en mi vida quiero seguir, avanzar. Ser feliz, viajar si puedo, dedicarme al campo, terminar mis compromisos profesionales. Y dedicarme a disfrutar. Porque la vida es muy corta. En eso también hice un cambio. Antes planificaba mucho más de largo plazo. Hoy, no. Mi señora murió de la noche a la mañana. Mi hija se enfermó de la noche a la mañana, sin previo aviso. La entregué a las 8 de la mañana en la clínica y me informan a las 7 de la tarde que ya es otra persona. S

> "No le puedo dar un sentido a lo que me pasó, pero sí le puedo dar un sentido de ahora en adelante. ¿Qué saco con amargarme? Nada".